

y el futuro soberano. Este convenio no había de publicarse hasta después de la aceptación oficial de la corona, y efectivamente no lo fué hasta el 10 de abril de 1864; se le conoce en la historia con el nombre de *Convención de Miramar*. He aquí en qué consistieron las cláusulas de este tratado.

El cuerpo expedicionario francés había de ser reducido lo más pronto posible á 25.000 hombres. Las tropas serían repatriadas á medida que Maximiliano pudiese organizar un ejército nacional. Una disposición secreta aneja al documento público daba al archiduque una doble satisfacción: se estipulaba que la repatriación se operaría por partes y que nuestras fuerzas serían de 20.000 hombres hasta 1867. Después de la evacuación la legión extranjera al servicio de Francia estaría á sueldo del gobierno mexicano y permanecería diez años en México. Tal era el apoyo militar que Napoleón aseguraba al nuevo imperio.

Las estipulaciones siguientes enumeraban la serie de las deudas de México con Francia, y aquí empezaba la sorpresa. Maximiliano se comprometía á indemnizar á los súbditos franceses de todos los perjuicios que se les habían ocasionado indebidamente y que habían motivado la expedición. Una comisión mixta creada en México y una comisión revisora instituída en París habían de proceder á la liquidación definitiva. Esta cláusula era, sin duda, legítima, y el archiduque, convertido en soberano por nuestras armas, mal podía contestar el principio de la misma. Pero si se considera que el señor Dubois de Saligny había reclamado por este concepto 60 millones, y que á esta suma se añadiría indudablemente el crédito Jecker, se ve que esta sola reclamación absorbería para México más de una anualidad de sus rentas. Y no era esto todo. El gobierno francés fijaba en 270 millones los gastos de la expedición hasta 1.º de julio de 1864. Maximiliano se reconocía deudor de esta cantidad que hubiera sido considerable en todo país y parecía inaudita para México: por ella abonaría intereses hasta la completa satisfacción de la deuda. Y había más. A partir de 1.º de julio de 1864, el gobierno pagaría en concepto de sueldo, manutención y sostenimiento del cuerpo de ejército, 1.000 francos anuales por cada hombre. Y había más todavía. Napoleón no olvidaba nada, ni aun los servicios de transportes que se efectuarían cada dos meses, evaluados en 400.000 francos por viaje á cargo de México. Estimábase que Maximiliano, gracias al apoyo de Francia, tendría bastante crédito para negociar un empréstito, de cuyo empréstito se entregarían inmediatamente 66 millones de títulos al gobierno francés. Esta sería la primera cantidad entregada á cuenta de esa deuda formidable que sumía á México en una crisis peor que las que acababa de atravesar.

Cuantas más veces se lee este convenio, menos se le puede justificar. Al firmarlo, Maximiliano se declaraba insolvente antes de reinar; y Napoleón consumaba la ruina de México precisamente en el tratado que pretendía regenerarlo.

Se juzgaría mal ese acto, tan poco digno de la generosidad de Napoleón, si no se le relacionase con una situación general que pesó sobre toda la empresa mexicana.

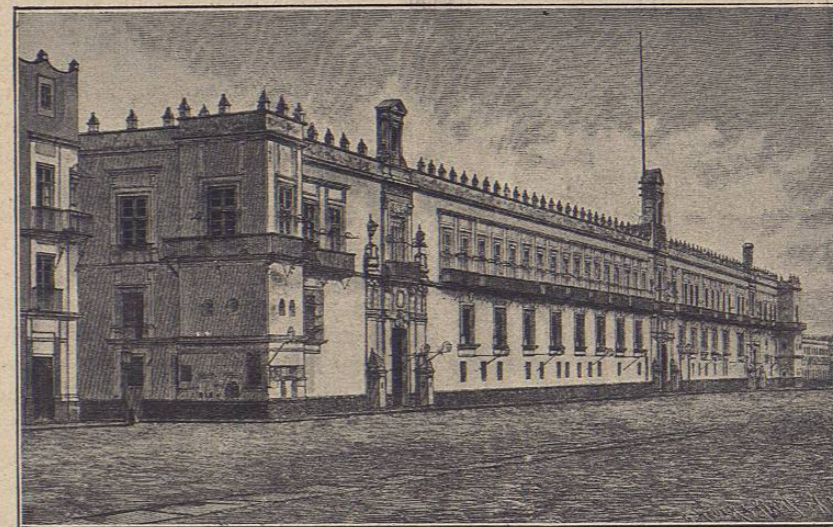
Los historiógrafos del gran siglo refieren que cuando Jacobo II partió de San Germán para conquistar su trono, Luis XIV lo proveyó abundantemente de todo,

atendió á todas sus necesidades y hasta á su lujo: en el momento de partir le cedió sus armas, y guardándose bien de estipular el precio de sus servicios, le despidió con estas palabras: «Hermano mío, deseo no volveros á ver.» Así hacen los monarcas absolutos, magníficos hasta en sus errores ó en sus faltas, mientras que los soberanos parlamentarios forman burguésmente su presupuesto y administran su casa con estrechez. En la cuestión de México, Napoleón mezcló los dos papeles y, al mezclarlos, los echó á perder. Lo que había imaginado en tiempo del Imperio autoritario, lo realizó en tiempo del Imperio liberal. Entre la hora del plan y la hora de la ejecución se insinuaron incómodos interventores, que de pronto se habían vuelto exigentes ó al menos bastante curiosos. El tratado de Miramar fué la concesión al espíritu nuevo que empezaba á despuntar. El Cuerpo legislativo no se remontaba todavía á la gran política, pero se preciaba de vigilar la hacienda. Para desarmar á la oposición naciente, Napoleón transformó en anticipos reembolsables lo que, en la concepción primitiva, hubiera sido indudablemente un don gratuito. Publicóse el convenio como para indicar á los hacendistas de la Cámara que todo se había tenido en cuenta y que no se perdería nada. En el fondo, no se atrevían á contar con la entera puntualidad del deudor; pero desde luego parecían fundar un imperio sin gasto alguno. El gobierno se tuvo por muy hábil. Pero esta prudencia era peor que todas las imprudencias pasadas. El bienhechor descendía al rango de acreedor, y de acreedor que no obtendría nada; el desengaño no tardaría en llegar, y nadie quedaría satisfecho, ni la Cámara, ni Maximiliano, ni Napoleón.

Ya fuese por irresistible fascinación del trono, ya por increíble confianza en las riquezas de México, Maximiliano lo aceptó todo. Vuelto á Austria, sobrevino un incidente que durante algunos días pareció suspender todavía la suprema resolución. Antes de partir para su nuevo reino, el archiduque tuvo que arreglar su situación de príncipe en su patria. Era hermano del emperador, y aunque este último tenía entonces un hijo, Maximiliano poseía como tal derechos eventuales á la corona de Austria. Por grandes que fuesen sus ilusiones sobre el trono de México, sentía, al marcharse, romper todo lazo tras de sí. Sin dejar de reconocer la imposibilidad de reunir nunca ambas coronas sobre una misma cabeza, sin dejar de declararse dispuesto á una renuncia, pensaba retener algo de lo que iba á abandonar: á este fin hubiera deseado que un convenio secreto, valedero únicamente en caso de caída del trono ó de abdicación, lo restableciese en el rango que le confería su cuna. Así se había hecho con Enrique III, quien, después de haber bajado del trono de Polonia, fué á reinar en Francia. El emperador Francisco José exigía, por el contrario, una renuncia definitiva, estimando que el derecho de sucesión en Austria no podía permanecer incierto ni estar subordinado á complicaciones extranjeras. La desavenencia adquirió un carácter muy agudo, y prolongándose dió lugar á toda clase de comentarios, incluso el de que Maximiliano no partiría. En 28 de marzo de 1864, el archiduque Leopoldo telegrafió á Francisco José que Maximiliano estaba resuelto á recibir el día siguiente á los delegados de México y á declararles su negativa. A esta noticia los delegados que-

daron confusos é irritados. La impresión no fué menor en las Tullerías, donde se juzgó que, habiendo llegado las cosas á tal punto, el abandono del proyecto tendría todas las apariencias de una mixtificación y pondría la política francesa en ridículo. Inmediatamente el emperador envió al general Frossard á Austria con una carta para Maximiliano: esta carta era apremiante, demasiado apremiante quizá, pues recordaba imperiosamente al desventurado príncipe todas sus palabras anteriores y le presentaba como una cuestión de honor el formular su aceptación definitiva. El 30 de marzo el general

El 10 de abril, los delegados, que esperaban desde hacía mucho tiempo una audiencia oficial, fueron al fin recibidos en Miramar. A las felicitaciones del Sr. Gutiérrez de Estrada Maximiliano contestó con un discurso grave y muy digno de su nueva fortuna. Desde luego manifestó la convicción de que el voto de los notables de México era sancionado por la inmensa mayoría del país. Rindió homenaje al emperador de los franceses, «á su lealtad, á su espíritu de benevolencia cuyo recuerdo guardaría siempre.» Habló «del consentimiento del jefe de su familia,» pero en un lenguaje algo breve



Palacio Imperial (hoy Nacional) de México

Frossard estaba en Viena y el 31 en Trieste. Las conferencias duraron unos cuantos días, ya porque Maximiliano tuviese grande empeño en conservar sus derechos hereditarios, ya porque á última hora le faltase valor. Mientras tanto los franceses se impacientaban. A propósito del archiduque y de su vacilación, nuestro embajador, el duque de Gramont, escribió estas líneas de una dureza singular: «Mayores dilaciones mancharían su honor y una negativa lo borraría (1).» Finalmente, Francisco José fué en persona á Miramar, y los dos hermanos llegaron á un acuerdo, al menos en apariencia, pues quedó todavía alguna huella del desagradable incidente. Según el pacto de familia, que fué depositado el 16 de noviembre siguiente en los archivos de la *Cámara de señores*, el archiduque renunciaba á todo derecho hereditario hasta la extinción de la rama masculina en toda la casa de Austria: esta renunciación sería efectiva hasta en el orden privado y se extendería á las sucesiones ab intestado, pero no á las liberalidades entre vivos ó testamentarias. En una sola disposición se manifestaba una especie de solicitud *in extremis* en favor del que partía: «Si algún acontecimiento extraordinario tuviese por consecuencia un *cambio esencial* en la nueva situación de Su Alteza Imperial ó de sus descendientes, éstos disfrutarían de una parte de la renta de los fondos de previsión de la familia imperial.» Era como la pensión alimenticia estipulada en caso de quiebra del imperio mexicano.

(1) Despacho de 5 de abril de 1864 (*Correspondencia*) inédita.

que dejaba adivinar los recientes disonancias. Ya fuese por temor de emocionarse, ya fuese por resentimiento causado por una desaprobación que no se había disimulado jamás, el príncipe se abstuvo de hablar de Austria, su patria, y aquel silencio produjo una impresión singular. El archiduque protestó, pero en términos generales, de sus intenciones liberales y dirigió á todos los hombres de buena voluntad ese llamamiento que se encuentra en los labios de todos los monarcas nuevos. Resumiendo luego su pensamiento en una frase en que se marcaba su decisión irrevocable, añadió: «Declaro solemnemente que con la ayuda del Todopoderoso acepto de la nación mexicana la corona que me ha confiado.» A esta arenga, los delegados contestaron saludando al nuevo emperador, y como á las pompas civiles se añadiese la consagración religiosa, Maximiliano juró sobre los Libros Sagrados velar por la independencia del pueblo que iba á gobernar.

Quisiéramos abreviar estos últimos días á un tiempo fastuosos y tristes. Para referirlos habría que sustraerse á la atormentadora visión de lo que siguió. Maximiliano no era de la raza de esos ambiciosos obstinados, hechos para la dominación. Después de haber pronunciado la palabra suprema, desfalleció, doblemente turbado por el peso de su responsabilidad y por la añoranza de la patria. Las fuerzas le abandonaron, y, durante los días siguientes, la princesa Carlota, más viril, más dueña de sí misma, inauguró su papel de emperatriz haciendo los honores de la casa en las recepciones que precedieron á la partida. De Trieste llegaron los más sentidos testi-



monios de afecto. En el resto del imperio, por el contrario, el lenguaje de la prensa fué muy reservado: se echaba en cara al príncipe que renunciase con demasiada facilidad á la tierra natal, y que se hiciese con demasiada complacencia el instrumento de Napoleón. Mientras tanto, la fragata austriaca *Novara* estaba fondeada en la bahía, esperando las órdenes de Maximiliano: era el mismo buque que, tres años después, había de traer su féretro. Cerca de ella estacionaba otra fragata, la *Themis*, buque francés encargado de escoltar á los viajeros como para afirmar, á los ojos de Europa y del mundo entero, que la protección de nuestra bandera no les abandonaría nunca. El 14 de abril fué el día de la salida. Los habitantes de Trieste llenaron desde por la mañana las terrazas y jardines de Miramar, disputándose las últimas miradas del que no habían de volver á ver. A las dos y media la canoa que conducía á los soberanos atrató á la *Novara*, que enarboló en seguida el pabellón mexicano, y los buques, saludados por todas las baterías de la costa, desaparecieron con rumbo hacia el Sur. Cuando todo hubo concluído, Maximiliano bajó á su camarote y en él permaneció mucho tiempo, sumido, según se asegura, en el abatimiento más profundo. Una parada que hizo en Roma antes de dejar Europa, á fin de arreglar las cuestiones religiosas que quedaron sin resolver, no fué propia para reconfortar su ánimo. Sin embargo, á medida que se alejó de la patria, fué disminuyendo su emoción, pues su espíritu volaba hacia otros horizontes. Cuando, pasado el estrecho de Gibraltar, bogó en pleno Océano, se apoderaron de él la poesía del mar y la seducción de las cosas remotas. Mecióse otra vez en su ilusión, al rumor querido de las olas; y se le vió preparar con un ardor febril la organización de su monarquía futura. Su actividad no era siempre metódica, y ya se manifestaba en él esa manía de legislar que más tarde había de llevar hasta la puerilidad. Aquel viaje empezado en medio de la turbación y la tristeza acabó en medio de toda clase de esperanzas. No eran de extrañar sus inconsecuencias. El que pasaba por tutor de Maximiliano, el emperador Napoleón, no era entonces más clarevidente ni más sagaz que él. Aparentaba creer que las grandes dificultades quedaban vencidas. Mientras su protegido bogaba hacia el Nuevo Mundo, dirigía él al Sr. Fould, ministro de Hacienda, una carta en que estudiaba una importante disminución de impuestos; y con mucha candidez ó mucha confianza, anunciaba que dicha disminución se debería á la feliz solución de los asuntos mexicanos (1).

## III

En su último discurso, Thiers había dicho: «No me cabe duda que el príncipe será desde luego bien acogido. ¿Hay monarca nuevo que no haya sido saludado, el día de su advenimiento al trono, con felicitaciones y homenajes?» La previsión se realizó cuando, en 28 de mayo de 1864, Maximiliano y Carlota desembarcaron en el Nuevo Mundo. Si en Veracruz, entristecida entonces por la fiebre amarilla y bastante mal dispuesta para el imperio, la afluencia fué mediocre; si la travesía

(1) Carta á M. Fould, 15 de abril (*Monitor* del 19 de abril de 1864).

de las *tierras cálidas*, contrariada por las lluvias y retrasada por el mal estado de los caminos y por un accidente de carruaje, se realizó en medio de una soledad algo triste, el aspecto de las cosas cambió al llegar á las metas. En Córdoba la recepción fué buena sin ser aún muy cariñosa; en Orizaba casi fué entusiasta. Desde allí, las simpatías crecientes transformaron el viaje imperial en una larga serie de ovaciones. En medio del gentío, los indios, que acudían de todas partes, se distinguían por el ardor de sus aclamaciones. Pobre gente, humillada y maltratada por todos los intrigantes que habían explotado su ignorancia, no podía menos de ganar con el nuevo régimen; y su confiante afecto iba al encuentro del que sin duda mejoraría su suerte. Una antigua tradición les anunciaba la venida de un príncipe rubio que llegaría de Oriente y sería su salvador. Maximiliano se les aparecía como ese príncipe predestinado. Los soberanos reunían juventud, agrado y bondad, cosas que cautivan á los corazones. Antes de presentarse en la capital, el emperador y la emperatriz quisieron visitar el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, como para poner los comienzos de su reinado bajo los auspicios de la Virgen venerada que protegía á México. El 12 de junio hicieron su entrada en la capital de la nación, y la hicieron en medio de un gentío tan grande y de una alegría tan universal que parecía que las huellas de las antiguas guerras civiles habían desaparecido.

Cuando se hubo disipado el ruido de las aclamaciones, el monarca se encontró en presencia de todos los cuidados de su nueva situación. Y de sus cuidados el primero era saber con quién iba á gobernar.

Había sido llamado por un partido: el partido conservador, apoyado en los grandes propietarios, ávidos de quietud, y en el clero, deseoso de recuperar sus bienes. Varias razones impulsaban á Maximiliano á recelar un poco de sus amigos del primer momento. Estos disponían de una influencia mediocre, y aunque representaban intereses muy importantes, no formaban, propiamente hablando, una clase política, y mucho menos una clase directiva. Además el clero mexicano, al revés del clero europeo, era poco instruído, de costumbres á menudo relajadas; y si bien convenía no acarrearle su enemistad, su patronato sería de escasa valía. Por otra parte, Maximiliano estaba imbuido de ideas modernas, y no podía esperarse de él que después de haber reprobado ó criticado el antiguo régimen en Europa, lo restaurase en el Nuevo Mundo. Enfrente del partido reaccionario existía otro partido, el republicano, llamado también, impropriamente, partido liberal. Aunque hostil en masa á la intervención, este partido ofrecía una infinidad de matices muy diferentes: tenía sus fanáticos que habían seguido á Juárez; tenía sus hijos extraviados que vivían de la guerra civil; tenía sus intrigantes que acechaban la ocasión y se inclinaban hacia el más fuerte; arrastraba, finalmente, en pos de sí una masa confusa de gentes de toda clase, ajenas á toda costumbre de vida pública, acostumbradas desde tiempo inmemorial á doblar la cerviz bajo el yugo de los hábiles ó de los violentos, temerosas de las exageraciones clericales, pero fieles á sus creencias y á sus prácticas religiosas, sin ninguna idea de la monarquía, pero dispuestas á bendecir á todo el que las preservase de las exacciones ó de los saqueos. ¿No sería posible

disgregar un partido tan poco homogéneo, quitarle sus mejores elementos, reunir en un mismo grupo á todos los hombres de orden, tanto si pertenecían al partido conservador como si eran liberales, para crear un gran partido nacional que rodease al trono y dominase á las facciones? El propósito era generoso y digno de un so-

como si en el suelo mexicano hubiesen sido comprometedores é importunos. Parecía que la falta menos perdonable era el exceso de celo. Que esta política estuviese llamada á producir excelentes frutos en lo porvenir, nadie podía negarlo ni afirmarlo entonces. Pero en el momento presente, los resultados eran singulares,



Gran Salón del Palacio Imperial de México

berano; pero, para realizarlo, era menester un tacto delicado, una rara sangre fría, un conocimiento profundo de los hombres y del país, cosas de que carecía el joven é inexperto emperador. En vez de emanciparse poco á poco de sus partidarios más exagerados, en vez de graduar con cuidado su evolución, Maximiliano se orientó bruscamente hacia sus adversarios. Teniendo que formar un ministerio, no sólo no se dirigió á sus amigos, sino que creyó muy prudente llamar á algunos de los que parecían enemigos suyos. La cartera de Negocios extranjeros fué confiada á Ramírez, que pertenecía á un matiz liberal muy acentuado. Almonte, que había sido el precursor del imperio, fué inmovilizado en el cargo honorífico de *gran mariscal de Palacio*. Varios funcionarios de la Regencia recibieron el cese. Más tarde, so pretexto de diferentes misiones, los generales Miramón y Marquez habían de ser enviados á Europa,

pues Maximiliano, apenas llegado á México, se apoyaba precisamente en aquellos que no le habían llamado.

Este cambio, que sorprendió á los conservadores, irritó mucho á los altos dignatarios del clero, por cuanto indicaba ya la solución que el emperador adoptaría en la grave cuestión de los bienes eclesiásticos. Hemos dicho cuáles eran las quejas de la Iglesia mexicana. La obra de secularización empezada en 1856 por Comonfort, é interrumpida luego por los regímenes siguientes, había sido reanudada y concluída por Juárez. Lo que Comonfort había inaugurado con miramientos y asegurando la subsistencia del clero, Juárez lo completó con una implacable dureza, y sus leyes, á las cuales se dió el nombre de *leyes de reforma*, no eran más que pura expoliación. Muchas de las fincas confiscadas se habían vendido, unas de un modo regular y otras fraudulentamente. La esperanza de hacer revocar aquellas leyes